

Editorial

La historia, ¿para qué?

Manuel Quijano

Parece que nos acercamos a tener una «cultura planetaria», pues hay una tendencia a la convergencia de otras formas de cultura. Esa cultura planetaria nacida en el Mediterráneo, empezó a expandirse desde el Siglo XVI con influencia en todas partes donde había una cierta cultura en formación aunque fuera muy en sus inicios, cerrada, y esto fue posible por los adelantos en la técnica de la comunicación. Aunque es difícil en una esfera encontrar un «centro», se consideró que fue Roma el centro, primero con la romanización y, desde el Siglo XVI en que ocurrieron el descubrimiento de América y la circunnavegación del planeta, se vio la progresiva influencia del centro de irradiación.

El doctor Luis Villoro hizo el favor de regalarme uno de sus libros, *El Concepto de Ideología*, en donde toca varios de esos puntos, por lo que basándome en él, elaboré estas notas. La marcha hacia una cultura universal no ha sido por «consenso», entre iguales, sino una manifestación de dominio con mayor o menor violencia. En la historia de los pueblos ha habido siempre el predominio de una cultura general que, acompañada de destrucción o sometimiento sobre las otras formas de manifestarse, ha impuesto la enajenación o la servidumbre, en África, Asia o América Latina sin que haya influencia recíproca; y los nacionalismos culturales han ido desapareciendo o quedando reducidos a mero folklorismo. Pero la especie humana necesita del conocimiento para lograr lo que, en otros ámbitos, se obtiene por instinto: una orientación permanente y segura de sus acciones.

Esto podría contrariar a un historiador puesto que, a primera vista, éstos no se distinguen de los entomólogos que saben mucho de abejas y otros bichos, y de otros especialistas, pero hay que aceptar que la historia cumple una función: *la de comprender el presente*, y debe admitirse que los pueblos primitivos se rigen por un pensamiento mítico que, a veces, tiene un origen genético. Por ello inventa leyendas –algunas de ellas muy bellas–, para explicar el nacimiento de instituciones que explican los interrogantes que los incitan a hurgar en el pasado. Es el Sentido de la Historia.

No hay acción humana que no esté relacionada con un todo; los historiadores parten de esos lazos comunitarios que, si nos damos cuenta, tienen ciertas reglas y propósitos, entre los cuales están la de establecer coherencia entre individuos que tienen otros rasgos comunes, y dar conciencia a la propia identidad. La historia, sea la nacional, la regional o la de la medicina, cumple con una doble función social:

por una parte aumenta la cohesión interior del grupo y, por otra parte refuerza la lucha frente a grupos extranjeros. Desde Herodoto que mostraba la relatividad de las creencias y costumbres de los diversos pueblos, la historia ha sido un estímulo constante a la crítica de las convenciones.

Claro está que hay también estudios «anti-oficiales» que ponen en cuestión las versiones históricas en uso y tienden a desacreditar las ideologías vigentes, a cambiar las reglas de convivencia, porque esas historias están elaboradas así mismo por seres humanos cuya voluntad es cambiar lo que se presenta como inmutable. Entonces puede uno preguntarse ¿para qué la historia? A lo que puede responderse que para dar cohesión a una comunidad humana y para permitir al individuo asumir una actitud consciente ante ellos. Con ello se está insinuando que la historia constituye un pensamiento integrador a la vez que crítico, y que puede ayudar a la consolidación de los lazos sociales o, a la inversa, convertirse en un pensamiento de ruptura y de cambio. En la historia cada individuo queda incorporado a la especie, en una comunidad de entes *racionales*. Si todos los humanos cobran un nuevo sentido al incorporarse a una comunidad podría preguntarse qué sentido tiene la especie humana en el cosmos. A esto no puede responder la historia (ni ninguna ciencia), pero si un acontecimiento cósmico futuro acabara con la humanidad, ...sería para nosotros una necesidad dejar un testimonio de lo que fuimos. Ese sería el último móvil de la historia.

Al iniciarse lo que puede ser la última etapa hacia una cultura planetaria, nos preguntamos si se puede llegar a ella sin desintegrar las culturas particulares. Por distintos que sean los movimientos intelectuales tienen en común el intento de recuperación de las características nacionales; que tienden a oponer una cultura propia a rasgos culturales que provienen de otros pueblos. Esto se llama *nacionalismo cultural*, que plantea un conflicto de valores imposible de superar.

La construcción de un saber universal se enfrenta a la pérdida de la riqueza de áreas particulares y su sujeción a ideologías ajena, porque no podemos precisar el grado en que nuestras ideologías particulares dañarían la cultura universal sin romper la propia identidad. Por lo tanto, pregunta sin respuesta.

Pero precisemos lo que se entiende por cultura ya que es un término que engloba las artes y las letras, los modos de

vida, los derechos fundamentales, los valores, tradiciones y creencias, y además incluye la suma de trabajos humanos, tales como utensilios, edificios, y actitudes de todos los miembros de la sociedad. Es decir, lo que percibe un observador de productos materiales, vestidos, etc. y los sistemas de relación y comunicación, como organizaciones sociales, lenguajes, comportamientos (costumbres, ritos, juegos etc.). Mediante la cultura los hombres realizan varios objetivos: asegurar el acierto de sus acciones, dar un sentido a su vida, establecer comunicación con los otros y acercarse a un ideal de perfección.

¿Cuándo se puede decir que una cultura es auténtica? Cuando tiene una connotación moral y psicológica al referirse a las razones o motivos de las creencias y actitudes, cuando éstas no se basan en justificaciones o cuando se repiten las creencias sin que personalmente se hayan cuestionado, cuando sea todo una manifestación de un pensamiento personal. La manifestación cultural es auténtica cuando es congruente con las necesidades, deseos e intereses reales de los consumidores. Cuando corresponde a los deseos y conflictos reales que son la vida profunda de la comunidad. En suma la autenticidad quiere decir autonomía de la razón respecto a los motivos que impulsan a la congruencia de la vida real.

El desarrollo industrial y técnico propician formas culturales que podrían ser llamadas mundiales, y toda cultura nacional es producto de variadas influencias. Por ejemplo la cultura hispánica tiene rasgos mestizos que provienen de varias raíces y por ello Vasconcelos inventó el mito de «raza cósmica» como convergencia de varias culturas, aunque ninguna cultura sea verdaderamente pura.

El nacionalismo cultural tiene una doble función: ayuda a la consolidación del estado y refuerza su dominio en el interior de la sociedad. El nacionalismo cumple una fun-

ción distinta según el estado que lo utilice; ayuda a integrar el país, a reforzar sus defensas frente al dominio exterior, a estimular su confianza y el orgullo de país independiente. Es un factor de liberación y se convierte en un factor de conservación.

Por otra parte el nacionalismo cultural puede confundir la cultura nacional con la cultura única, e intentar convertir la primera en un programa político, ideológico que puede chocar con la gran variedad de etnias o minorías del país y contribuir más a la destrucción de lo que es autónomo. El nacionalismo cultural además de ayudar a la consolidación en contra de amenazas externas, puede reforzar su dominio en el interior de la sociedad, pero en general es un factor de liberación al estimular la confianza y el orgullo del país.

Entre los signos de autenticidad hay que poner la autonomía del pensamiento y la congruencia con los deseos reales de la sociedad. Lo que ocurrió antes fue la imposición de una cultura nacional homogénea en interés de los grupos dominantes que, en el tercer mundo, agudizó las crisis locales provocadas por la modernización (a menudo con reemplazo de lo tradicional) y exagerando el factor consumo, en nombre de «progreso» y la «civilización», en contra de formas probadas de sabiduría, que quedaban como enclaves importados, a través del cine, la televisión, la prensa y toda esa pseudocultura mundial manipulada. Si se llega a una cultura universal, será la que resulte de la conjunción armónica de las distintas culturas nacionales. Como en la medicina, en que la cultura científica, occidental, basada en la observación y la experiencia está expandiéndose, en lo que ahora se llama globalización, y que es casi el único ejemplo (tal vez con los medios de comunicación, teléfono, radio, hasta el Internet) de lo benéfico que pueden ser la unión de varios medios de comunicación.